

Luis Durand

## LA CAIDA DEL ROBLE

**D**ESDE el alto, el mocetón dió un grito para llamar al viejo que, calmoso, iba por el camino, con su hacha de hoja reluciente sobre el hombro: —¡On Alvarístoooo! Pa ónde se va pasando. ¡Si está pu aquí la dá ahora!

Púsose el nombrado la mano sobre la frente para mirar a contra luz, y ver a quién le hablaba. Era ya entrado en edad, pálido, de barbas entrecanas. Sus ojos de un gris acerado no pudieron distinguir bien, al principio, al otro que, afirmado en un coihue lo observaba desde arriba.

A esa hora, era maravillosamente fantástico el paisaje. Amanecía. El sol comenzaba a encumbrarse tras de la montaña, perforando con sus chorros de luz la tupida maraña de hojas. En el fondo un estallido fulgurante de luces. Marea de colores inundó los árboles poniendo oro y rosa sobre las copas rumorosas y en las ramas musicales donde la brisa prendía su beso leve, infiltrándose entre la fronda espesa.

Más allá, sobre los cerros próximos, la luz resplandecía, purificada ya de todas las facetas multicolores

de su primer estallido; se desbordaba sobre las anchas vegas, encaramándose luego en las lomas pardas de pastos maduros, donde los pedruscos destacaban su mancha plumiza. Luz vencedora de la noche, da rojez al camino y blanco albísimo a los ganados, que repechan los faldeos entre la mancha oscura de los maces y de los boldos.

Con desgano, sin un gesto ni mirada se saludan los hombres:

—¡Güenos días!

—Igualmente on Rubilar.

Silenciosos dejan irse sus miradas por el espacio anchuroso. El lago surge azul, aprisionado entre los pechos enhiestos de los riscos. Arriba el cielo es profundo, purísimo, y los pájaros lo cruzan con elegante levedad, describiendo grandes círculos cual si se sintieran traspasados por el frescor del amanecer. El sol, como un felino jugueteón de dorada piel, se recuesta a lo largo de los pretilles, se hunde en las zanjas y se dobla en las aristas de los roquedales que hay en la orilla del agua. A ratos se cuela por la quinchá de un rancho para exornar con dos anillos de oro las pupilas de una muchacha que despierta al influjo de su tibia caricia.

Armoniosamente despierta el rincón serrano. En la rama de un peumo, una lloica, mostrando la rosa encendida de su pecho como una roja herida, lanza su grito claro que parece explicar:

—Si fué con cuchiiillo....

Bullangueros los tordos repiquetean entre el boldad. Una bandada de peuquenes, arrogante, como un arpón que se fuera a ensartar en la profunda azulidad, surge de la ribera con leves chillidos intermitentes. Abajo, entre un huallento, una vacada desciende con tarda medida camino del corral. Desde el caserío elevase el bramido tremulante, que ensordece la impaciencia de los terneros en el aprisco. Voces ásperas requieren el ganado. En la vega un campero despliega

su lazo, para aprisionar un caballo brioso, que huye en medio de la tropilla relinchadora y melenuda.

En la cima de un cerro se han detenido los dos hombres. Aun callan. Porque la belleza del amanecer se les entra en el pecho con armonía de canción, que es grato escuchar. En sus ojos hay transparencias de vida nueva, y sus músculos se contraen con vigor macerado, por el hálito húmedo de los montes.

—¿Querís pitar?

—Ya no má....

Levanta el hacha el mozo, para hundirla con ligero esfuerzo en el tronco de un árbol próximo. En seguida recibe de manos del viejo la tabaquera y lía en una hoja de maíz un cigarrillo. Luego:

—Tenimos que tumbar lo muy menos, tres robles antes de las ocho. Van a subir carretas a cargar hoy a media tarde.

—Asina ijo on Alisandro ayer. Pero ya hay trocería un porción. Pa dos viajes cuando menos.

—Mesmamente el cárculo que yo li había echao— dice el muchacho fijando la mirada sobre su compañero. Y la esmeralda clara de sus ojos rueda esquivada dentro de las cuencas, cuando el otro fija los suyos, acerados, grises, remanso turbio, bajo el cual se ocultan sus designios sin palabras.

Reposadamente fuman. Cenceño el viejo, los músculos se aprietan en sus brazos acordonándolos de venas azuladas: sangre madura que aun rebulle ágilmente. Musculoso, basto, el joven tiene el pecho ancho, y el esfuerzo sin sufrimiento de años desgastadores. Toma el hacha, y colocándosela en el hombro, salta ágil sobre un tronco, en tanto dice a su compañero:

—¿Amutuy? (1).

—Vamos—asiente éste brevemente, bordeando con reposo el tronco y apartando el quilantar que obstruye el estrecho sendero.

(1) Del mapuche: vamos.

Aroma intenso exhala el corazón de la montaña. Ulmos, lingues, canelos, olivillos exudan su fragancia penetrante. Pitíos y gallaretas agujerean la ramazón, con gritos agudos y sorprendidos. Los senderos, huellas de bestias y de hombres, descienden y se encaraman por los flancos del cerro. En partes, grandes piedras felpadas de musgo obstaculizan la ruta haciendo cambiar su dirección y repechar escalonada en las raíces de un árbol salidas a flor de tierra. Boquis oscuros se enrollan en los canelos, y sobre ellos cabalgan ingravidas las copihueras: labios encendidos que se buscan y se anudan en ramos aéreos: verde y rojo, blanco y verde, barnizados de sol a veces, recatados y húmedos en la umbría virginal.

En una explanada, robles magníficos, de grueso tronco mecen con rumor de ensoñación, sus altas copas, indiferentes y ajenos al próximo fin que les aguarda. Los hombres pasean sus ojos de expertos y casi a una voz deciden:

—Tumbemos éste.

Silenciosos se despojan de su paletó de casineta azul. Se desatan la faja de lana roja, para volver a apretarse con ella, fuertemente la cintura. Y como si fueran a cruzarse en un duelo fantástico, se acercan al árbol, víctima inerme al cual herirán sin piedad.

Son hacheros maestros. Uno hiere el tronco con el filo centelleador vuelto hacia arriba, el otro con la hoja hacia abajo. Van golpeando con precisión matemática. Mientras uno descarga el hacha y abre el corte, el otro la levanta con suave movimiento de descanso. Son cientos de años de vida vegetal que se defienden en espesas capas sucesivas, sujetando a veces el acero con un quejido recio. En los hombres hay un jadeo lento que les levanta el pecho en continuado ritmo de esfuerzo. Saltan las astillas en pequeños trozos blancos al principio, y luego, mientras más se adentra el hierro, se van tiñendo del rojo corazón del pellín, húmedo, casi

destilante del jugo de la tierra que succionan sus raíces poderosas.

La camisa de los hacheros ya se ha empapado de transpiración que también se escurre abundante por su rostro. Con el revés de las manos recias se la enjungan, engreñándose el pelo reluciente de sudor. El roble siempre erguido, tiene una altivez majestuosa. Entre sus ramas aun canta la brisa del amanecer, que alterna su melodiosidad con el gorjeo clarísimo de los pájaros, tan cristalino y alegre, que nada tiene de la melancolía de una última canción.

Después los dos hombres, hieren por el lado contrario, dejando un raso la ancha y roja herida, para abrir otra tan honda como ésta. Entonces la faena se endurece agobiante y dura, sin otro pensamiento en ellos, que la espera del crujido decisivo, que hará tambalear un instante al gigante de la selva austral. Una hora de labor no basta para doblegar tanta vida.

Los hombres han buscado la bolsa de sus provisiones, y bajan con trancos de bueyes sedientos la ladera de la quebrada próxima, para mojar en el estero la ración de harina tostada. Se la comen ávidos, en gruesos pelotones que saborean con deleite. Una que otra palabra:

—Durazo el diablo ¿no?—dice el mozo.

—Es como roble crespo—habla el viejo, tal si no contestara y fuera sólo una observación ajena a la reflexión del otro. Suben después por el flanco de la hondonada, entre matas de helechos de enormes hojas relucientes y finas, que les lamen los brazos con fresca caricia. Y nuevamente los puños recios se aferran del hacha, para herir ahora con más saña, con un vigor que va creciendo en un ansia asesina y demoledora. Hasta que de súbito el roble cede. Es un quejido largo en el cual hay casi un dolor humano, salido de muy adentro, de lo más recóndito, de los más hondo. Dolor imposible de describir, pues domina toda aquella ma-

jestuosa altivez, dijérase es un imprecación de la naturaleza.

El árbol da la impresión de que va a erguirse por última vez, que su copa que bebió siempre la primera luz, la más pura brisa y el más fresco rocío, se va a levantar por encima de la selva para decir su adiós. Pero no. Con estrépito aterrador se abate sobre la fronda que le rodea, hasta derrumbarse con fuerza inmensa haciendo retemblar la tierra, como si quisiera perforarla para buscar en su seno el amparo que necesita su tronco vencido. Gigante descomunal se quiebra los brazos en la caída para mostrar el disco enorme de la herida que destila la savia poderosa de cien años de existencia.

Agotados, los hombres se apoyan en el astil del hacha, en cuya hoja fulgura el sol del medio día....



¡Las doce! Un rayo vertical apuñalea las pupilas de los hacheros cuando tratan de comprobar la hora.

—Voy a ir a aguaitar si los traen los porotos. ¡Mamitas que hace «villa»! (1), ¿no?

—Anda vete no má—replica su compañero indiferente—. Yo te aguardo aquí.

Pero apenas aquél desaparece entre las ramas, el viejo se incorpora ágilmente. Su mirada se agudiza tratando de percibir al muchacho. Agazapado como un felino en acecho, se va tras él, cauteloso, escondiéndose tras los troncos. A ratos una franja de sol se recorta sobre la camisa del perseguido, destacando su silueta en la sombría claridad de la montaña. Luego se

---

(1) Del mapuche: hambre.

detiene, también vigilante. Entonces Evaristo se oculta entre las quilas, esquivándose, pero siempre con el busto adelantado y los ojos perforadores y avizorantes.

La sorpresa hiende, de súbito dos surcos profundos en su frente. Las cejas entrecanas se unen en dos arcos pronunciados. Junto a Zacarías Maureira hay ahora una mujer. Evaristo Rubilar ha reconocido inmediatamente en ella a la Clorinda Salgado, casada con su único hijo, y que trae el almuerzo a la hora del mediodía. No es posible confundirla, pues su pollera de franela granate con listones negros y su chupalla adornada con un cordoncillo verde la delatan. Es una moza alta, gruesa de fisonomía descocada y aire altanero. Grandes ojos pardos, de gruesos párpados y pestañas muy tupidas y lisas hacen inexpresiva, estúpida y sin gracia su cara ancha de labios carnosos.

Pero ante Zacarías tórnase zalamera, acogedora y rendida, con esa pasividad de bestia en actitud de entrega al dominio brioso y ardiente del macho en celo. El muchacho, empero, no se prodiga demasiado en caricias que exalten la sensualidad de la mujer. Amor instintivo, fiebre ancestral sin belleza ni poesía, el latigazo del deseo los empuja hacia el misterio del bosque. La fina ramazón del quilantar se abre en blando abrazo al peso de sus cuerpos, donde los sentidos laten, como un motor falto de lubricación....

Arriba el sol se ha encumbrado, radioso, deslumbrador, abriantando los remansos azules que arrebujan con neblina de ensueño las montañas distantes. Entre el follaje zumban los tábanos y moscardones. Las cigarras aprietan el resorte de su chirrido monocorde amodorrado en el aire inmóvil, cálido y espeso de perfumes que se adentran en el cuerpo con un vaho sensual y enervador.

Las cejas erizadas y el puño adelantado, es una amenaza la actitud del viejo, al contemplarlos enfurecido.

En los ojos ardientes hay dos aceros vengativos, que entenebrece un odio feroz.

—¡Cochina, cochina!—brama roncamente.

Y torna brusco y rápido hacia la explanada, sin poder arrancarse de la retina la visión presenciada. En esa visión también aparece su hijo, «único hijo que le dejó la finá», según su expresión, a quien quiere entrañablemente, sintiendo a la vez un poco de compasión hacia él, porque no es lo suficiente hombre para hacerse respetar por sí mismo. Recordó rápidamente su tragedia: a la muerte de su mujer, el pequeño quedó sin tener quien lo cuidara; él debía dejarlo encargado a las vecinas, que ponían poco o ningún interés en atenderlo. Así creció flacuchento, raquítico, enfermizo y para colmo, cojo a causa de una quemadura mal curada que sufrió en una pierna. Y siguiendo el curso de su soliloquio, y considerando la incapacidad física de él para castigar a quien lo deshonra, exclama en voz alta:

—Pero no importa, con este viejo se las entenderán, él y ella.



Un tupido y esponjado cendal de rosa arrebuja el cordón de cerros. Toda la gama del iris, opulenta y maravillosa en su deslumbramiento, pone matices encendidos en los reflejos del sol poniente. Los potreros se bañan de sol que resbala como una marea dorada dando un verde clarísimo al pasto. Desde el hondor de las quebradas la neblina sube como una humareda azul, misteriosa y sombría. Bandadas de pájaros cruzan el espacio en busca de sus alojamientos. Balar tremulante de ganados desciende las laderas en dirección a los

caseríos. Gritos lejanos, que apenas llegan a través de la distancia, impregnan el ambiente de poesía. De poesía triste como la que deja en el alma el adiós a aquello que adoramos.

En los estrechos senderos de la montaña los labradores ultiman el carguío de sus pequeñas carretas. Cada una lleva, recostado como un gigante enorme que se equilibra sobre la cama de recia tablazón, un trozo de pellín, que será rebanado por la hoja reluciente y afilada de la sierra circular. Bueyes pequeños, enyugados ya, se internan trabajosamente—dificultados por el yugo—entre las matas a ramonear el quilantar.

—¡Por la remáquina, que es bien gazonchero on Alvaristo! Callampito se apercolló los Venaos grandes. Con esos es pa irse a la segurera toilito el camino.

—El que se maneja es vaca—replica Juan Méndez a Zacarías—. A vos tampoco te faltaron ganas e pescártelos.

—A éste las ganas no le faltan nunca—dice a su vez el viejo con acento que tiene más de encono que de sorna.

Ya la luz ha huido por completo. El disco roto de la luna nueva se destaca con blancura reluciente en el cielo oscurecido. Trinos de pájaros se quiebran en la sombra, salpicando de dulcedumbre la tarde. Voces roncas, mugidos lamentosos llegan en la ligera brisa. Luego el vocerío aumenta. El convoy de carretas se ha puesto en movimiento para dirigirse hacia el aserradero. Comienzan a rodar entonando una sinfonía quejumbrosa. Sus ruedas de madera reseca diríase que llevan dentro el torcedor de la montaña, que llora el desbande de sus hijos. Los bueyes montañeros, pequeños y musculosos, se recogen en la sombra, poniendo en cada tranco la cautela necesaria para no resbalar y ser empujados a las quebradas, por el peso muerto de los enormes trozos. El chillar de las ruedas a ratos se alarga como un alarido, cual un grito de dolor infinito.

Empieza bajito, semejante al hondo mugir del ternerrillo que se acerca a su madre, para chupar la ubre. Después se intensifica en tonos de angustia, de desesperación creciente, hasta llegar a los alaridos de la locura.

A ratos da la impresión de que toda la montaña se ha puesto en movimiento y que de cada árbol se alza la voz dolorida de la selva, para protestar de su devastación. Son veinte carretas que van doblando encrucijadas, rodando por los faldeos, o forcejean en las cuestas de los senderos estrechos, a medio desbastar entre pedruscos y gruesas raíces. Oyese intermitente el:

—¡Tée, tée tézaa...!—de los hombres que delante del yugo van vigilantes de llevar firmes su carreta. En los repechos, tórnase el grito en vocerío ensordecedor.

—¡Afírmate güei malo! ¡Ah, ah!

De pronto el convoy se corta. Uno de los hombres grita a su compañero más próximo:

—¡Venga a cuartiarne on Donisio! Me le resabió el Frutilla.

—¿No le ije yo? Si ese Frutilla no sirve p'al pértigo. Es inútil ponélo, porque no tira bien más que cuartiendo.

Se oye el ruido de la cadena chocar en las piedras. Cuñas de maderas labradas en chaflán afirman las ruedas de la carreta a la cual se saca la yunta. Los del accidente reniegan con interjecciones gruesas y enérgicas, aplicando al Frutilla los peores calificativos. En un recodo, hay dos carretas detenidas en la parte plana del camino. Sus conductores conversan en voz baja, agria, dura.

—Oiga on Alvaristo, ¿quiere icíme una verdá? Hace tiempecito que usté mi anda tirando cortes. Si algo tiene conmigo, no es preciso que mi ande palabriando: la franqueza ante too on Rubilar. Los dos somos hombres y al igual nos hemos de responder.

La voz es ronca, ansiosa, temblona y crispada de inquietud. La del viejo, sorda, enconada:

—Razones sacan razones. Yo no te palabreo, lo que yo quiero es verte más hombre, con más conciencia pa ver lo malo que estai haciendo. Robándote lo que no es tuyo. Comiéndote lo que tiene dueño. Aprovechándote que la oveja se aparta del camino, cuando el ojo de su amo no está sobre ella, y consierando que éste tampoco es muy capaz de hacerte un valiente. . . .

—¡Me consolara on Alvaristo! ¿Que l'está entrando malura e cabeza? Toy más colgao que un coulle. La purita que no sé atinar a lo que me está iciendo.

Pero antes de concluir, Evaristo Rubilar se acerca más a él, casi estrellándolo en el yugo. Su aliento denso, quemante, es como sus palabras ardidadas de furor, rotas por la ira:

—Mejor habías de cerrar la tarasca, care'callo, mentiroso. Me querís negar que me llamo Alvaristo, que yo mesmo te hey presenciao con mis ojos, propios en la hecha con la Clorinda. Con estos mismos ojos que Dios me dió, los ví yo revolcándose en la porquería.

—Y di hay, si el gusto tamién es de ella. Yo por la juerza no agarro a naide. Lo que a uno le falta hay que buscalo. Y a la Cloro, ya usté sabe: si no soy yo.... Si su hijo juera más pión no le pasarían estas trajerías.

Y como si al oír el nombre de su hijo el hombre hubiera tocado una pila eléctrica, y todos sus sentimientos se apretasen en un fiero impulso de castigo, Evaristo Rubilar se fué sobre el otro, gritándole con la voz silbante:

—Pero m'hijo tiene su paire, su paire que pone su pecho por él. ¿Lo oyís? Y si no dejái tus mañas conmigo te las vay a poner. ¡Conmigo, perro lairón, conmigo, conmigo! A mí vos no me vandiáis. . . .

—No me falte on Rubilar, no me falte. Yo tamién tengo la sangre caliente. Igaselo a ella, a ella que anda poniendo el plato.

Rechinan las ruedas. Un bramido largo como un grito de pavor se alarga a través de la noche. Siguen su camino los dos hombres, con un deseo oscuro dentro de ellos, con esa fiera decisión que sólo se aplaca en la rojez de una herida, o bajo el golpe de un puño recio.

### III

Clorinda, la mujer de Sebastián Rubilar, tenía fama conquistada de hembra vigorosa y de resolución. Risueñamente se contaba la manera cómo había enamorado al muchacho. Era éste un hombrecillo flacucho, enfermo del pecho, con una pierna más corta que la otra, a causa de una quemadura cuando pequeño. En una grave enfermedad, que tuvo siendo ya hombre, Clorinda lo llevó a su rancho, y allí junto con darle la comida, los remedios y la ropa limpia, le entregó también los ardores de su naturaleza robusta y bravía. El muchacho habíase dejado querer y vivía aliviadamente, hasta cuando un día la impuso de su resolución de ir a trabajar en las faenas de reparación en el camino de Lebu a Los Alamos. Ella lo escuchó con asombrado gesto:

—¿Así es que te querís ir ahora? Milagro e Dios, ya te amejoraste pa que las vai a emplumar. Esos son los güenos consejos del viejo e tu paire, que te enseña a ser esconsierao y mal pagaor. Pero conmigo no te las venís a poner. Si te vai, los vamos los dos, y después que los pongan las bendiciones, antes de eso usté no se me mueve di aquí.

—Pero si tenemos que golver, Clorito. . . . Vamos a estar pu allá hasta la salía de la primavera. A ver si juntamos unos cobrecitos p'al casamiento.

—Mé, que lindura. . . . Así es que yo me voy a quear muy tranquila de que vos te vay, sabiendo toa la vecindá que yo tengo mi honra perdía en poder tuyo. No

mi hijito. Esa si que no li aguanto. Mañana mesmo lo arreglamos tóo.

—Pero si mi paire no mi ha dao el permiso. El tampoco es gustoso de que yo me case.

Iracunda, con los ojos centelleantes, y los gruesos labios húmedos, apretados en un gesto decidido, le atajó:

—Así será. Yo no me pueo quear así, pa que tóos hagan risa de mí. No hablemos más. Di albita los vamos mañana pa Cañete. ¡Miren que viejo fresco, mejor había de enseñarte a ser cumplier!

Y, en efecto, al otro día a primera hora, Sebastián se dirigió a Cañete, llevando a su flamante novia al anca, a fin de devolverle la honra que tenía tan perdida.

Trabajo costó para que el viejo Rubilar llegara al rancho de su hijo. Aquella mujer no le entraba. Reconcentrado y taciturno, siempre estaba pensando en que el matrimonio no la haría cambiar de hábitos. En la cocina de los trabajadores muy pocos eran los que no podían contar algún lance con la Clorinda. Ahora por respeto a él no los repetían en voz alta, pero por cuchicheos maliciosos, que estallaban luego en ruidosas carcajadas, él pudo advertir que la moza continuaba en sus mismas costumbres.

Una cólera sorda le iba llenando el pecho. Vivía obsesionado de una idea fija: poder constatar la certeza de sus sospechas.

Y desde el día que la sorprendió ya no tuvo tranquilidad. Cuando iba al rancho, apenas podía contener su rabia al ver cómo manejaba a su antojo al muchacho, y era sólo su voluntad la que imponía su capricho sobre los jornaes de aquél.

—Si no juera tan embarrá no me importaría—monologaba a veces mirándola con sus ojos fríos, ocultadores de toda la inquina que sentía hacia ella.

Hasta que una tarde, encontrándose de visita en el rancho, a los pocos días después de su conversación

con Zacarías, no pudo ocultar por más tiempo su indignación, al verla remendando unos pantalones de su amante:

—La suerte de algunos—expresó—; no necesitan tener mujer propia que les remiende las pilchas, lo cual otros siendo casados no lo consiguen, y andan como perejil sin hojas.

La moza, arisca y violenta, dió un brinco en el piso, fijando en él las pupilas encendidas de enojo:

—¿A mí me lo ice on Rubilar?

—Siendo que naide más ta aquí, a vos será—repuso aquél con firme y duro acento.

—Usté habla porque tiene boca. Porque es un viejo propasao. A usté ni a naide le importa lo que yo hago. No se apuran los güeyes y chilla la carreta. Lo que no hace mi marío, viene a hacerlo usté. Pa entremetío no más es güeno. Con razón ice la gente que mató a pausa a la pobre finá.

Tiró a un lado Rubilar la jarra en que se servía harina tostada, para increpar, pálido de cólera a la mujer:

—Y te atrevís a hablar, maldaosa sin conciencia, que no tenís temor a que Dios te castigue. Te conozco bien toas tus mañas. . . . ¿Creís que yo no te hey visto faltándole al tranco a tu marío? Bribonaza arzoluta, no tenís otro destino que matate a palos.

La moza le escuchaba estupefacta.

La cara amoratada, los ojos desorbitados. Un respiro le subía y bajaba el pecho, tal si de pronto fuera a reventar. Y en efecto, fué así, pues estalló iracunda, vomitando injurias horribles, blasfemias que como barro podrido le salían de la boca.

—¡Viejo perro, ardiloso, levantaor, asesino de tu mujer, asesino!

En el paroxismo del furor, pescó un gran tizón ardiendo, y lo descargó enloquecida sobre el viejo. Un rugido de fiera, un lamento ronco, como el de los novillos, al sentir la marca de fuego, escapóse de labios de

Rubilar. Le había quemado la cara, y una esquirla dura del leño le abrió un tajo en la mejilla. Y antes de que la mujer le lanzara la olla de agua hirviendo, como ya se aprestaba a hacerlo, saltó sobre ella, tomándola por el cuello, cuando trataba de incorporarse. Como una gata en celo se abrazó a él, tratando de morderlo. El ciego impulso de sus cuerpos los hizo rodar por el suelo, junto a la fogata donde se debatieron, sin conseguir el viejo dominar a la mujer que, hombruna y robusta, trataba de estrangularlo, enterrándole los dedos en la garganta. Lanzaba gritos de auxilio, mezclados con insultos procaces.

Hasta que súbitamente el hombre, de un vigoroso empuje, la tendió de espaldas golpeándola con ferocidad:

—Es preciso que te mate, que te mate—jadeaba ya con la trágica y real intención de hacerlo.

Mas, de pronto, una silueta irregular garabateó su sombra, en la rojez proyectada por la fogata, sobre la pared de la estancia. Desorientado al punto el recién llegado, no supo que pasaba. La oscuridad llenaba el rancho. Una llamita delgada como un puñal de filo azul era ahora toda la luz que mostraba la escena.

Con impulso desesperado e inaudito, la mujer logró desprenderse de las manos del viejo, para partir la noche con un grito terrible, con un alarido salvaje, que taladró la noche, como un hierro vibrador.

—¡Mátalo, Sebastián! ¡Mátalo, mátalo! ¡Mata a este viejo cochino, que me quería forzar! ¡Mátalo, mátalo, Sebastián!

Fué la tragedia oscura, la descarga ancestral, que surgía desde el fondo feroz del tiempo; sangre de generaciones sin ley y sin amor que salpicó sus vidas. Un cuchillo fulguró, siniestro, para hundirse, enterrándose, sepultándose en una locura sin igual en el pecho del viejo, haciendo saltar un chorro de sangre caliente y espesa, como la savia del encendido corazón de los pellines.

Y el fardo de la vida potente de un hombre se desplomó ante el recio mazazo del destino. Apenas los labios moribundos, en un estertor de infinito esfuerzo, lograron articular:

—¡Sebastián, hijo mío!

Un hondo silencio acercó el inmenso susurro de la montaña. Caía un roble, pero quedaban otros erguidos y altivos que, sin temor a su destino, seguían meciendo sus copas en el viento de la noche. . . .